

Gregorio. (temblando de ira y reprimiéndose). ¿Pues cómo se me pone tasa en el comer?

Pancracio. (á Guadalupe). ¿No te dije que era algo bilioso?

Guadalupe. Sí, pero ahora no hay motivo. Me ha puesto mucho arroz, y le digo que no quiero tanto.

Gregorio. (confundido). Es verdad.... yo.... maldita la intención que tenía de... (Dale el plato y toma otro para sí).

Pablo. (arrebátandose). ¡Jesús, cuánto arroz! con este tengo.

Gregorio. Paciencia. (Toma otro).

Pancracio. Siento mucho que te estés molestando; pero si es para mí ese plato, échale una ala de pollo.

Pablo. Yo también quiero ala de pollo; yo también quiero ala de pollo. (Gregorio se hace el desentendido y trata de ponerse arroz, Pablo le arrebata la cuchara y la sopera). Pues si no me dan, yo tengo manos. (Empieza á revolver el arroz de la sopera y á comer de ella como si fuera de su plato: Gregorio se sienta mirándolo).

Pancracio. ¿Qué, no comes?

Gregorio. No me gusta el arroz.

Guadalupe. Pues coma vd. de esto, que está sabrosísimo.

Gregorio. ¿Qué cosa es?

Guadalupe. Pruébelo vd. (Gregorio obedece y empieza á hacer gestos y contorsiones).

Pancracio. ¿Estás loco?

Gregorio. ¡Ah!.... ¡ah!.... Es fuego....

Guadalupe. ¡Qué fuego! es chiltipi-quin.

Gregorio. (levantándose). ¡Uh!.... ¡uh!.... ¡uh!....

Pancracio. Come sal, hombre, come sal....

Gregorio. (pateando el suelo). Para todo quieres que coma sal. ¡Ah!.... ¡uh!.... ¡uh!.... ya no aguanto.... ¡Uh!.... (Guadalupe se levanta con una cuchara llena de sal, y se la vacía en la boca).

Guadalupe. Cómala vd., cómala vd.

Pablo (que ha cogido un plato de pescado, y comido de él). ¡Ay!.... ¡ay!.... que me aho.... go....

Pancracio y Guadalupe. ¿Qué es?

Pablo. (llorando). Me.... me.... me pi.... pi.... pica....

Pancracio. Hueso de pescado sin duda.

Guadalupe. ¡Se muere!

Pancracio. (á Gregorio). Corre, amigo, corre. Aquí á la vuelta vive un cirujano, ve pronto por él.

Gregorio. ¿Yo?

Guadalupe. (dando golpecillos en la espalda á Pablo). ¡Se muere! ¡se muere!.... Haz por tragar....

Pancracio. (empujando á Gregorio). Ve corriendo, Gregorito, ve corriendo....

Pablo. Ya, ya pasó.

Gregorio. Bendito sea Dios. Y ahora que

pasó el hueso del pescado, ¿me podrán dar vds. un poco de agua ó pulque?

Guadalupe. Tomará vd. vino: ¿cuál es el que más le gusta á vd.?

Gregorio. El tinto.

Pancracio. Magnífico lo tengo. Pablo, saca de allí una botella. (Pablo trae una botella, y bebe de ella Gregorio).

Gregorio. (haciendo gestos y con ojos lacrimosos). Con mil demonios, esto es vinagre.

Pancracio. (riendo). ¿Es vinagre?

Guadalupe (id). ¿Es vinagre?

Pablo. (id). ¿Es vinagre?

Guadalupe. ¡Silencio!. . . Parece que llora la chiquita. ¿Oyes algo, Pancracio?

Pancracio. Creo que sí. ¿Es cierto, Gregorio?

Gregorio. No, aprensión de vds., Virginia estará durmiendo.

Guadalupe. (levantándose). No, llorando está. Ya voy, mi alma, ya voy. (Vase corriendo).

Pancracio. Válgame Dios, cómo llora. Si tendrá alferesía. . . .

Gregorio. Déjala, ¿qué le ha de suceder?

Pablo. Ya la está paseando mamá.

Pancracio. (yéndose). Con tu permiso, Gregorio, voy á ver qué le ha sucedido á esa niña.

Gregorio. Muy bien, todos me dejan. Es el exceso de la cortesía. Pero aproveché-

monos de su ausencia y comamos. (Va á hacerlo á tiempo que Pablo le tira en el ojo una bola de pan). ¡Ah bruto! ¿será posible que no esté vd. un instante sosegado? ¿ó se figura vd. que eso es una gracia?

Pablo. Tengo buena puntería, ¿no es verdad? (Vuelven Pancracio y Guadalupe, quien trae á Virginia en los brazos).

Pancracio. Ya estamos aquí. Quién sabe qué tiene Virginia; ¿oyela cómo grita.

(Virginia grita, Pablo continúa tirando bolas á Gregorio, Guadalupe canta).

A la rorro, niña,
y á la rorro ya,
porque viene el coco
y te comerá.

Pancracio. (gritando y golpeando la mesa). ¿No hay quien sirva aquí? ¿No hay mujer alguna que sirva esta mesa?

(En medio de la confusión escabúllese Gregorio, y corre hasta llegar á su casa).

Pedro. Ya está vd. aquí, señor amo?

Gregorio. (derribándose en una silla). Sí, hombre, y muerto de hambre.

Pedro. Yo creí que estuviera vd. repleto.

Gregorio. De sal y vinagre, que son el regalo de los de esta ciudad.—Busca algo que manducar, que ya me muero.

Pedro. ¿Pues los camellos no se están tres días?

Gregorio. Vuela, y trae algo que comer;

y ruega á Dios que no esté rancia la comida, porque tras un mal nos vienen ciento.

Pedro. (saliendo). Así es la verdad, y por eso dice aquel refrán: Bien vengas, mal, si vienes solo.



NETZULA

—

DON JOSE MARIA LAFRAGUA.